

Montevideo, Mayo 24 de 1903. Año VII.—Núm. 271.

Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

La señora Ridal, amaba á su marido con un amor puro y desinteresado, y siendo su única ilusión el cariño de su esposo y de sus hijos, fácil es comprender la inmensa alegría que experimentaba su corazón al verlo regresar.

—¡Oh! amor mío, exclamó alegremente al mismo tiempo que lo abrazaba con cariño. ¡Cuán feliz y dichosa soy al tenerte á mi lado! porque esta casa á pesar de su alegría, está triste cuando te ausentas.

La joven no observó en su marido cambio alguno, su fiel y amante corazón, le impedía notar la impresión de tristeza que se reflejaba en la mirada del joven, y permaneciendo constantemente á su lado, no se cansaba de repetirle que él, sólo él, era su única ilusión.

Entonces Lionel la atraía contra su pecho en amante abrazo, y murmuraba en sus oídos las palabras más dulces y amorosas.

Lionel, conforme á sus propósitos, extremaba sus demostraciones de cariño para con su familia; así es que la amante Leonor estaba muy lejos de sospechar que se hubiera enfriado el afecto de su esposo y mucho menos los amores que habían existido entre éste y la condesa de Lin. Pero Lionel, cuando se hallaba solo en el jardín, ó cuando abstraído por los remordimientos se internaba en el bosque, exclamaba desesperado:—¡He sido un miserable! Las cariñosas frases de mi esposa y las tiernas caricias de mis hijos, me queman el corazón. Y después añadía desesperado:—¡Oh, Dios mío! ¿por qué no podré acallar mi conciencia?

Dos semanas transcurrieron, en las que Lionel, con las delicias de su hogar, consiguió tranquilizar su espíritu. Aquel sueño de ansiosa pasión que tanta felicidad le propocionara y el recuerdo de la bella condesa de Lin, aparecían allá muy lejos en el fondo de su memoria. A veces pensaba en la hermosa española, y en los momentos de felicidad pasada; entonces daba gracias á Dios por haberlos salvado del profundo abismo en que estuvieron á punto de caer.

Sin embargo, nada hay más frágil, que la constancia del hombre, que en bien ó en mal, muda de pensamiento tan fácilmente como se mueven las olas del mar. Por eso, no es de extrañar que á pesar de los insomnios y remordimientos que Lionel había sufrido, pasados algunos días, volviera á aparecer con marcada insistencia en su mente la bella figura de Bibiana; que siempre apasionada, amorosa, se le representaba allá en su solitaria mansión, afligida y ansiosa de volver á ver al hombre en el que cifró todo su amor.

Y aunque en su arrepentimiento se prometiera á sí mismo no volver jamás á ser infiel á su esposa, regocijábase en gran manera con el recuerdo de los días pasados en compañía de la bella condesa; y al evocar esas dulces memorias, le palpitaba el corazón con fuerza y pasaba y repasaba la luminosa visión de la joven española, en lo más profundo de su cerebro.

Así, mientras se libraba esa lucha entre los sentimientos y pasiones de Lionel, llegó la mañana mencionada al principio de esta historia. y en la que Leonor Ridal, completamente ajena á la angustia y dolor que para ella encerraba, entregó á su esposo la carta que le obligó á partir tan inesperadamente.

¿De quién era aquella carta? ¿Qué podía contener que fuera motivo de tan repentino viaje? Hé aquí lo que decía:

«ADORADO LIONEL DE MI ALMA: No es culpa mía, soy muy desgraciada, para mí la vida es imposible. Me dijiste que vendrías en el momento que te necesitara; ahora te necesito. ¿Vendrás? No lo dudo, pues te lo pido con toda mi alma y apelo al mismo tiempo al mucho cariño que me tienes. Ven, Lionel de mi vida, te lo ruego por mi amor. He abandonado mi casa para no volver más y te espero en el hotel de Inglaterra, en Richmond, donde me hago llamar la señora Wilton. Ven y no tardes, Lionel de mi alma; y sin que mi propósito sea el de forzarte á que vengas, lee bien lo que te digo. Bajo el balcón de mi cuarto corre el río; si á las veinticuatro horas de escrita esta carta no estás conmigo, él será mi tumba. Si lo dudas, recuerda quenunca hablé en vano. Pero vendrás... Antes dudaré de la clemencia del cielo que de mi Lionel.

Te ama con todo su corazón,

BIBIANA.»

Espantoso fué el terror que se apoderó de Lionel, al terminar la lectura de la carta y mientras maldecía su destino, pi liéndole á Dios la muerte, su corazón experimentaba un sentimiento de piedad intensa hacia la hermosa condesa de Lin.

CAPÍTULO XXVIII

La carta de la condesa produjo en el ánimo de Ridal un efecto terrible. Joven, rico y rodeado de cuantos placeres y comodidades puede ofrecer el mundo, vacilaba sin embargo ante una sensación extraña, cual precursora de un peligro que amenaza. ¿Deberé ir? se preguntaba á sí mismo. No era posible evitarlo. Sabía que Bibiana, fiel á su promesa, no dejaría de cumplirla y que pasada la hora señalada en la carta se arrojaría al río, sin vacilar. Así, que, convencido de que el único medio para impedir que la bella joven atentara contra su vida era su viaje; sin pensar más decidió la marcha; y después de besar repetidas veces á su esposa é hijos, con el corazón hecho pedazos abandonó la casa donde tanta dicha y amor había disfrutado.

Pero el impesado viaje había cogido tan de sorpresa á Lionel, que ni siquiera pudo pensar lo que iba á decir á la condeza; además, las inocentes preguntas de su esposa sobre la procedencia de la carta, lo confundieron de tal modo, que no tuvo tiempo para discurrir cómo conseguiría de Bibiana, que regresara á su casa.

Sí... murmuraba, puesto ya el tren en marcha. Muchos y muy grandes tienen que ser los motivos que hayan obligado á la condesa á abandonar á su esposo. Sin embargo, es preciso que vuelva á su lado y volverá. Se lo rogaré y estoy seguro que ha de atenderme; luego continuó. ¡Pobre Bibiana, cuán hermosa y desgraciada es! pero... ¿qué puede haberle ocurrido?

(*Continuará*).

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.—Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom
Administrador:
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194
1.er piso
MONTEVIDEO
R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps. 0.50	Número suelto (atrasado)	ps. 0.30
Por semestre adelantado	» 3.00	Por un año adelantado	» 5.00
Número suelto (los sábados y domingos)	» 0.10	Exterior. Por año adelantado	» 7.00
» » (de la semana)	» 0.20		

NOTA—No se admiten suscripciones directas de campaña y del exterior, sin previo pago adelantado, cuando menos por un semestre. Las personas que deseen suscribirse por mes, deberán solicitar la suscripción á los señores Agentes.—La *correspondencia* gráfica debe dirigirse á nombre del director, señor Arturo Salom. La correspondencia administrativa á nombre del Administrador, señor Agustín Salom.

Fotógrafo oficial de "La Alborada": Ramón Blanco, Uruguay 359.

AÑO VII — **LA ALBORADA** — NUM. 271

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Mayo 24 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

Efemérides

20 de Mayo de 1898

Cinco años han transcurrido desde que murió de una caída del caballo que montaba, en momentos que cabalgaba por el camino á Colón, el jefe de Estado Mayor del ejército nacionalista de la revolución de 1897, coronel Diego Lamas.

Sin embargo de ese tiempo, del corazón del pueblo y de sus innúmeres correligionarios, no se ha borrado el dolor que les produjo la fatal desgracia que le tronchó la vida.

Por eso, el miércoles último, quinto aniversario, la tumba que guarda sus restos fué grandemente visitada por las altas autoridades del partido y por los que compartieron con él ideas y esfuerzos en pró de la patria en momentos por cierto bastante aciagos.

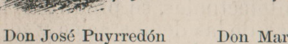

Coronel Diego Lamas

Numerosas coronas y flores cubrieron la tumba venerada, como demostración elocuente del cariño que aún vive en los corazones de sus correligionarios.

Con motivo de esta fecha, se celebraron varias conferencias en los distintos clubs nacionalistas de la capital, en los que ocuparon la tribuna personas distinguidas del partido.

25 de Mayo de 1810

PROHOMBRES DEL COMITÉ REVOLUCIONARIO DE 1810




Don José Puyrredón — Don Mariano Moreno — Don Cornelio Saavedra — Don Manuel Belgrano — Don Juan de Castelli

Toda América recuerda la fecha del 25 de Mayo. Ella es para sus hijos la más gloriosa de sus efemérides, porque, en ese día de 1810, se declaró en revolución de independencia el pueblo argentino, causa primordial de la elaboración de las independencias sucesivas de los otros pueblos del continente americano.

A más de América entera, la república vecina celebra con elocuente júbilo el 93.º aniversario del resonante grito de libertad dado por un puñado de sus hijos opresos bajo el poder del reinado de Fernando VII de España.

Desde ese día, el sol de Mayo tuvo otros resplandores para el pueblo argentino, bajo él ha pasado cerca de un siglo gozando de la alegría y las venturas que ofrecen las cadenas rotas para siempre.

A nosotros, como hijos de América, y como hermanos vecinos de ese pueblo, también nos ha tocado, y en gran parte, participar de los beneficios de ese memorable acto histórico. Por eso también nos toca celebrarlo, por eso también lo celebramos con júbilo, uniéndonos sinceramente en este día al regocijo que experimenta la gran república hermana.



Causerie

(De la revista «Actualidades», de Lima, transcribimos el siguiente juicio sobre nuestro primer crítico José Enrique Rodó).

(Conclusión).

¿Y cuál es en el momento actual, en el estado contemporáneo de las almas, la «oportunidad» artística? Rodó no cree en la existencia de un ideal que responda á las nuevas exigencias del pensamiento, y por eso llama, con la fe del profeta antiguo, á un Revelador. Ha historiado—en una síntesis brillante—el movimiento de las ideas literarias de la pasada Centuria, desde Hugo el monarca hasta Barrés, el maestro de la «cultura del yo», y ha hallado—en el individualismo moderno—una incapacidad profunda para formar el arte que una en el porvenir á las generaciones atormentadas y anhelantes. La obra del Revelador sería la misma de Goethe: expresar en un libro hondamente humano el tormento interior, ser el artista de un *Werther* moderno, más sabio, más complicado y quizás más doloroso. Las generaciones que hoy sonríen ante el *Werther*, sentirían por la obra nueva, la misma confusión desgarradora, la misma exaltación imaginativa, que siguieron á la confesión del Júpiter germano.

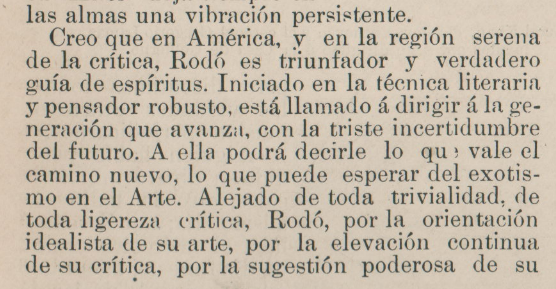
Pero el Revelador no llega. En vano las miradas temblorosas se dirigen á Oriente, en vano vibra en los labios agitados la plegaria del Arte: «sólo contesta el eco triste á nuestra voz». Rodó censura esta nueva esperanza mesiánica; y mientras llegue la hora en que se revele el genio triunfador, él trabaja siempre, procurando ampliar el cuadro de la intelectualidad americana. A mi ver, más que la presencia muy lejana quizás de un Revelador, vale para el progreso literario de América, la solidaridad de los esfuerzos, la irradiación de un gran entusiasmo, la amistad sostenida de los ingenios, el lento avance hacia la «ciudad ideal» cantada por los poetas.

No se crea por esto que Rodó, en esa actitud de anunciador de futuras exaltaciones, olvide el señalar los principales caracteres del ideal moderno. Su labor es esa: sondear en las almas, escuchar su ritmo, y ser «modernista», en la extensión noble del concepto. La obra de hoy, en América, es para él lo que mejor exprese nuestro pensar, lo que no mire indiferente la emoción nueva, sino que la haga palpitar con energía, obra nuestra por la inspiración y por la interior riqueza. Y como el alma contemporánea se ha concentrado, no para escribir confesiones de un egotismo soberbio, sino para escuchar el rumor de la espiritualidad discreta, para contemplar el drama sombrío de la Duda, para sentirse invadida, por todo un mundo de sensaciones, de imágenes, de afectos, la obra de arte debe traducir este nuevo y pujante subjetibismo, en vez de volver al pasado para exhumarlo. Para este rumbo nuevo, el Arte Americano debe abrirse á los vientos del extranjero y debe á la vez concentrarse observando las vibraciones que en él despierta, «el eco de los gritos lejanos que vienen de las grandes cumbres del espíritu». Y de estas voces nuevas, que vienen de afuera, Rodó acepta todas las que tengan valor de arte fecundo. No admite que se cierren las puertas del templo á las corrientes complejas, llenas de virtualidad y de melancolía, por no despertar á la América de su ignorante y cándida juventud, ni cree que el arte debe limitarse, inspirándose en cierto concepto de la salud literaria, traído por espíritu tan rígido como el de Max Nordau. Lo nuevo es siempre simpático y actual, nos habla en acento familiar, y vale más que los «ricorsi» literarios. Y Rodó llevando muy lejos este espíritu de ática distinción y de modernismo refinado, llega á afirmar, que si hay espíritus quinta esenciados para quienes existen placeres desconocidos de los *filisteos*, venga el Arte que responda á su inclinación rara y alta, y fórmese quizás una aristarquía gloriosa y selectiva. En este sentido Rodó tiene parentesco con Renan: ambos quieren exaltar á las individualidades superiores, y formar con ellas, cerrada casta, ante la cual sería extraño siempre el calibán de la vulgaridad y de la prosa diaria de la vida. Pero Rodó más moderno y generoso no quiere que esa elevación sea egoísta ni que sirva á propósitos de servilismo, como pensaba el amable escéptico, sino que vaciándose en generosa solicitud los tesoros intelectuales, se produzca una elevación progresiva de las democracias y se purifique el bloque tosco de la muchedumbre.

Rodó es, por esta amable unión de tendencias actuales, un crítico moderno, un espíritu á la vez refinado y tolerante, preocupado siempre de las más serenas disposiciones del alma contemporánea. Según confesión propia, es positivista y modernista, hijo intelectual de su siglo; pero en él como en todos los espíritus bien templados, la corriente nueva del espíritu adquiere una solidez y una grandeza que no presenta en la muchedumbre de los prosélitos. En Rodó, el sentido de la realidad y de la experiencia, el espíritu de relatividad crítica, está templado por un idealismo fuerte, por un afán persistente de elevación y dignidad intelectual. El símbolo de su espíritu, es Ariel, amigo de las almas generosas. Discípulo de Renan y también de Valera, tiene de ambos la gracia del estilo, la amenidad inagotable, el toque suave de la palabra musical, la perfección magestuosa de la frase. Esculpe más que escribe; y sabe dar á su estilo esa languidez hermosa, ese dulce balanceo de un pensamiento sereno y animado. Pero los maestros de su arte no le han formado en toda la plenitud de su inteligencia crítica: no tiene de Valera la ironía maligna ni de Renán ese excepticismo optimista, esa habilidad volteriana de condenar en una *boutade* grosera, los más altos ideales humanos. Rodó tiene la conciencia de la seriedad de su arte y del valer de las tradiciones sagradas, y como el Próspero de su «Ariel» deja siempre en las almas una vibración persistente.



José Enrique Rodó



Creo que en América, y en la región serena de la crítica, Rodó es triunfador y verdadero guía de espíritus. Iniciado en la técnica literaria y pensador robusto, está llamado á dirigir á la generación que avanza, con la triste incertidumbre del futuro. A ella podrá decirle lo que vale el camino nuevo, lo que puede esperar del exotismo en el Arte. Alejado de toda trivialidad, de toda ligereza crítica, Rodó, por la orientación idealista de su arte, por la elevación continua de su crítica, por la sugestión poderosa de su estilo, por la familiaridad sabia con la obra europea, por la fuerte preocupación ética, por su amor al ideal latino, puede ejercer un verdadero señorío sobre los espíritus nuevos. Puede entrar en esa categoría selecta de espíritus que tienen «cura de almas». Y también debe impedir la florescencia viciosa de un modernismo apasionado que, en América, sólo ha producido imitaciones sin realidad propia y sin fuerza directiva. Un crítico americano decía recientemente que Rodó había iniciado una corriente de originalismo en la literatura americana. Y debe continuar en ella. Así, el espíritu nuevo, saldrá de la triste edad de las imitaciones candorosas, y procurará alimentarse de una cultura sana y provechosa.

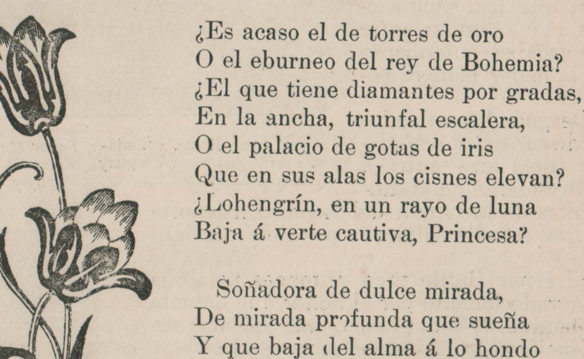
La sinceridad es la cualidad principal de Rodó, sólo por ella triunfa y perdura la crítica. En vez del aplauso engañoso de Valera y del látigo recio de Clarín, tenemos en el crítico uruguayo una voz firme que habla en el raro lenguaje de la sinceridad y de la simpatía. A él debe ir el saludo de los espíritus que, en la indecisión crepuscular de nuestra época, en el confuso tumulto de ideales que chocan, buscan una crítica sabia, á la que no arrastre la vorágine moderna. Para esa crítica el porvenir tiene lauros inmortales y visiones generosas.



IDEM.

Abril de 1903.

Versos de álbum



Princesita de Cuentos de Hadas
La gentil, la fragante, la esbelta,
En qué astro se abrieron tus ojos?
De cuál concha brotó la belleza
De tu cuerpo ondulante y gallardo
Como línea de ánfora griega?
De las ondas saliste cautiva,
Como búcaro fresco de perlas,
O saltaste, temblando de frío,
De la copa de blanca azucena?
¿En qué lirio labraron los genios
Ese cuerpo de hada Princesa?

Cuando pasas, el aire se entibia
Y de aroma suave se impregna,
Se estremece de amor el follaje,
Palidece la nívea gardenia...
Los botones de rosa, encendidos,
En voz baja murmuran: ¡es ella!..

¿A qué príncipe estás prometida?
¿Qué castillo en el bosque te espera?
¿Es acaso el de torres de oro
O el eburneo del rey de Bohemia?
¿El que tiene diamantes por gradas,
En la ancha, triunfal escalera,
O el palacio de gotas de iris
Que en sus alas los cisnes elevan?
¿Lohengrín, en un rayo de luna
Baja á verte cautiva, Princesa?

Soñadora de dulce mirada,
De mirada profunda que sueña
Y que baja del alma á lo hondo
Y en lo hondo del alma se queda,
Las venturas, cual blancas palomas,
Revolando sumisas te cercan,
Y tu mórbido cuello acarician
Y en tus hombros de nieve aletean
...Soñadora de dulce mirada
Y de cuerpo gentil de Princesa.

Manuel GUTIÉRREZ NÁJERA



El embajador de Persia

SUS RECEPCIONES

El último lunes se verificó en nuestra Casa de Gobierno la recepción oficial del general Isaac Khan, enviado extraordinario ante nuestro país y el de la Argentina, del Sah de Persia, del que tiene la misión de celebrar tratados de recíproco comercio entre su país y estos Estados del Plata.

El ceremonial de práctica adquirió proporciones que pocas veces hemos visto aquí por la solemnidad que se le dió á los rituales recepcionarios. Desde temprano, los alrededores del Palacio de Gobierno se veían colmados de gente, aunque mucha de ella tuvo que desparramarse ó guarecerse bajo los arcos de la Pasiva por el chaparrón repentino que cayó y que le quitó al acto en la calle ese aspecto populero y alegre de las concurrencias infaltables á todos estos ecos de pompa y demostraciones de fuerzas.

El embajador y su comitiva llegaron en varios carruajes á la Casa de Gobierno, luciendo un rico traje de gala recamado de palmas de oro y lleno de medallas y cordones, cubierto por el nacional gorro persa y que es igual al usado por los hijos de Turquía.



El general Khan, el señor Enthoven y el coronel Gregorio Lamas, momentos antes de dirigirse á la Casa de Gobierno.

Presentadas al Presidente de la República las credenciales que lo acreditaban embajador extraordinario, pronunció unas breves palabras de elogio para nuestro país y de buenos deseos por las relaciones á entablarse con el gobierno de su soberano, á las que contestó el Presidente de la República en forma atenciosa y prometiendo hacer cuanto estuviera de su parte para que las aspiraciones que lo traían entre nosotros se cumplieran de la mejor manera posible.



General Isaac Khan, embajador de Persia en el Uruguay y la Argentina.

Señor Henry Enthoven, Cónsul general de Persia en el Uruguay y la Argentina.

Después de cambiados los discursos, el embajador persa hizo entrega al Presidente de la República de la Orden del León, consistente en una estrella salpicada por siete diamantes.

El señor Batlle tuvo entonces palabras de agradecimiento por el honor que habíale dispensado el sah, prometiendo solicitar autorización á la Asamblea para usarla.

En seguida el señor Batlle presentóle á los señores ministros, dándose por terminada la ceremonia.

El general Khan, después de una residencia entre nosotros de algunos días, que aprovechó para conocer algunas de nuestras instituciones, partió para la vecina orilla con objeto de presenciar las fiestas mayas.

He aquí ahora algunas sentencias escritas por el embajador Khan, que revela con ellas que bajo sus insignias de militar, hay levadura de filósofo elegante y profundo:

«El diplomático civil defiende á su país con las dotes de su inteligencia y su pluma, y el diplomático militar añade á tales condiciones el prestigio de su espada.»

«Aceptamos todas las inverosimilitudes cuando de ellas nos resulta algún provecho: pero discutimos todas las verdades cuando pueden perjudicarnos.»

«Alguien había perdido su dinero un miércoles; otro lo halló el mismo día; aquél señalaba el miércoles como un día funesto; mientras que el segundo declaraba que era el más propicio (la desgracia de uno hace la suerte de otro). En cuanto á mí, encuentro que todos los días de la semana son funestos si no he realizado durante ellos alguna acción útil y buena.»



El general Khan, el señor Enthoven y el coronel Malarin, momentos antes de la recepción del gobierno argentino



POLITEAMA

Ha estado actuando en nuestro cómodo Politeama durante unos días, la conocida compañía de opereta Scognamiglio. Venían en ella las simpáticas artistas Juanita Many y Lina Paulini, que tantas noches deliciosas han hecho pasar á nuestro público en anteriores temporadas, sobre todo con la representación de «Geisha» y «Saltimbanchi».

La compañía debutó el mártes último procedente de Buenos Aires, y traía el propósito de dar entre nosotros ocho funciones. Pero, no cumplió su palabra. El viernes último dió su última función con «Saltimbanchi» que correspondía á la cuarta de las prometidas, y lió sus petates con rumbo al Brasil, para donde se dice estaba contratada.

El público, como es natural, ha lamentado grandemente la marcha tan imprevista de la conocida compañía de opereta, no sabiendo á qué atenerse sobre tan repentina resolución, apesar de que las cuatro funciones «Geisha», «Fanfan la Tulipe» y «Saltimbanchi» por partida doble, fueron de éxitos bastante halagüeños para terminar al menos con el número de noches prometidas.

En las piezas que dieron «Geisha» y «Saltimbanchi», sobresalieron como siempre, la Many y la Paulini, que tienen con su dicción inteligentemente picaresca propia de las óperas bufas, un poder sugestivo que se las hace querer y aplaudir en todos los papeles, además de que tienen palmitos que son de sobra bastantes para conquistarse públicos todas las noches.

Lina Paulini

En cuanto á los actores, se distingió bastante el tenor Bertocchi, que desempeñó sus papeles con bastante corrección y con lucida voz. Favi, el bufo incomparable de la compañía, fué, como siempre, uno de los ejes principales de los éxitos de las representaciones, con su mímica y su gracia expontáneas, sin esfuerzos.

Todos los demás artistas de la compañía, así como los coros y la orquesta, se desempeñaron discretamente.

El Cisne Rojo

Sobre el estanque lívido,—que se extiende á lo largo del camino—sombreado de viejos sauces—melancólicos, caían las primeras sombras. —Las ranas entonaban su soñolienta—melopea, y los grillos respondían—con sus violines agudos y destemplados, á lo lejos. Reinó un breve silencio. —Entonces, del lado de Occidente, todo—sangriento de la púrpura del sol,—vióse avanzar, rítmica y lentamente,—un gran pájaro rojo, como—un gigantesco rubí, con las alas,—que surgía entre dos nubes—vagabundas. Y las ranas con pequeños gritos de asombro,—dijeron: «he aquí que viene—del fondo de los cielos obscuros—el gran Cisne de En [sueño] y de Vución—predicho por Sibila!—el gran Cisne rojo que anuncia un nuevo--Diluvio de-cenizas y de lágrimas y de sangre».—Pero sin agitar sus inmensas—alas de pedrería, el ave—de la leyenda pasó por el Cielo,—sin inquietarse de las ranas asustadas, mientras un viejo sapo miletario y hermoso de fealdad—sagrada, gritó: «Callad, vosotros,—ranas estólidas: ese que viene—es mi hermano; el divino Pájaro de Oro—y de sangre; el que anuncia el nuevo—día de sueños y de asombros mi hermano!»—Y el gran Cisne pasó por el estanque lívido lanzando un gemido,—con sus alas abiertas, como dos—grandes flores rojas, en tanto—que el sapo milenario y horrible,—se convertía en una blanca flor de nenúfar—y que las ranas verdes gritaban:—«¡Prodigio! ¡prodigio!» y los primeros astros brillaban como violetas—mágicas en los jardines del crepúsculo.

LEOPOLDO DIAZ.

El buen abuelo

Era el primer día de primavera.

Esa quinta situada á la orilla de la carretera estaba habitada por un señor muy rico de la capital, que había venido á pasar una temporada acompañado de su familia.

El viejo, como el único herrero de la aldea, fué llamado para que compusiera la cerradura de la verja, inutilizada á causa del abandono.

Cuando penetró el viejo Miguel al jardín, se encontró de súbito entre un corro de chiquitines que disputaban por una mariposa polícroma que había logrado atrapar uno de ellos.

Los chicos, ante la presencia de una persona desconocida, huyeron á ocultarse á la glorieta de campanillas azules y blancas, quedando solo uno de ellos examinando con viva curiosidad el grasiento bolsón de cuero repleto de herramientas.

Era el más pequeño y el más bonito. Con sus ricitos rubios y rebeldes caídos sobre la frente, con sus ojitos azules, muy azules, y su carita como iluminada por luces de rosas, parecía un angelito.



Llorando á moco tendido

¡Qué parecido era á su nietecito! El viejo Miguel suspendió varias veces su tarea para observarle á hurtadillas. El chico se entretenía en dispersar las herramientas por las enarenadas avenidas del jardín.

¡Cómo sonreía el buen viejo! Era la primera sonrisa que florecía en sus labios.

Pensó en él, en su nietecito, y sintió una pena muy grande...

¡Oh, qué no hubiera dado por poder abrazarle, por poder acariciar nuevamente con sus manos callosas las ondas alborotadas de su cabecita rubia como una flor de oro!

Después pensó en Antón, en ella, en su hija y por fin en su nieto nuevamente! Cada recuerdo que pasaba rozando su frente le arrancaba una lágrima.

Miró al pequeño y no pudo reprimirse, lo tomó en sus brazos y lo besó efusivamente en las mejillas y en sus ojitos azules enfermos de nostalgias infinitas.

Y desde aquel día fueron muy buenos amigos...

Todas las tardes los chicos, tras la reja adornada de campanillas azules y blancas, asomaban sus cabecitas rubias, como rayitos de sol entre la lujuriosa verdura de las hojas esperando al viejo Miguel que con su gorra de hule, caída sobre la frente, con un gran delantal de cuero y su gran bolsón repleto de heramientas pasaba haciendo crujir los claveteados zapatones.

¡Oh, todos esperaban sus regalitos, sobre todo el pequeño!...

El viejo Miguel lo acariciaba y lo besaba, y luego se retiraba satisfecho echando bocanadas de humo de aquella pipa negra como su tristeza, al ver la sonrisa que iluminaba su carita.

Otras veces los llevaba á pasear por las alrededores de la aldea y les contaba aquellos cuentos de hadas y de príncipes encantados que habían hecho las delicias de su nietecito en las interminables noches invernales.

¡Oh! ¡Miguel era muy bueno!..

Algunas veces ocupaciones urgentes le atrasaban algunas horas, y cuando los chicos divisaban la silueta del herrero prorrumpían en gritos y palmetazos que hacían sonreir y llorar al buen viejo:

—¡Mírale! ¡el abuelo!... ¡Viva el abuelo!..

—

Dos días pasó por la verja adornada de campanillas azules y blancas, sin distinguir las cabecitas rubias de los pequeños. Dos días interminables, dos días de tristeza, dos días sin sol.

Preguntó por ellos y le replicaron que el pequeño estaba malito en cama.

Al día siguiente, cuando el alba despuntaba, había emprendido aquel viaje sin vuelta, como una avecita que cae arrebatada por una fría ráfaga autumnal. ¡Los niños y los pájaros se van así!

Y allí entre muchas flores que exhalaban sus perfumes extraños, mezclados al de los cirios que derramaban sus blancos lagrimones de cera, estaba como durmiendo, con sus ojitos azules como dos violetas, con una palidez de alba y de luna en el semblante y sus cabellos alborotados en caprichosas ondas rubias como flores de oro.

—

El viejo Miguel pasó como de costumbre aquella tarde haciendo sonar sus claveteados zapatones, con su delantal de cuero y su gorra de hule, muy negra, que hacía resaltar los plateados mechones de pelo que caían como un nimbo sobre la majestad de su frente.

Allí estaban los cuatro pequeñuelos con sus cabecitas rubias y sus trajecitos negros, como rayitos de sol entre aglomeraciones de tinieblas.

Miguel sintió palpitar violentamente el corazón; uno de ellos le salió al encuentro. Lo tomó en sus brazos y le preguntó balbuceando: ¿Y el chico?..

—¿Julio?—replicó el chico mirándole fijamente—¡está durmiendo!..

Otro de los chicos que se había aproximado le interrumpió:

—No es cierto, abuelo: se fué al cielo, allá muy lejos, muy lejos—exclamó señalando hacia arriba con su dedito sonrosado—donde la virgencita le da muchos juguetes y dulces á los niños buenos...

El viejo sacudió la cabeza con desesperación.

—¿Y mamá?

—Mamá está al lado del cajoncito, hay muchas velas y muchas flores, abuelo, quieres que vamos á verlo, ¡si vieras qué lindo está!

El viejo se ahogaba por los sollozos, las lágrimas se desbordaron de sus ojos.

—Tú también lloras, abuelo—exclamó el chico entristeciéndose—mamá también ha llorado mucho ..

El viejo lo miró fijamente, lo besó y se alejó murmurando...

¡Ah! ¿acaso los viejos no pueden llorar?..

—

Aquel día fué llamado precisamente á la herrería. El viejo Miguel estaba inerte á la orilla de la fragua, con un brazo horriblemente destrozado.

Mientras hacía saltar unos remaches á golpe de comba y de cincel, las lágrimas le habían cegado...

Después un golpe en falso!..

—

Ahí le tenéis de cartero rural, pensando en su vieja pipa y en su nieto que tarda demasiado en volver...

JUAN MANUEL RODRÍGUEZ.

Quillota, 1903.

La cruz de piedra

Ella y yo fuimos un día
por las sendas solitarias
que cruza el valle florido
desde montaña á montaña.
Yo contemplando sus ojos
de color de cielo en calma,
la decía con los míos
lo que la lengua callaba.
Y ella entreabriendo los labios
rojos, rojos cual la grana,
dábanse con sus sonrisas
halagüeñas esperanzas.

¡Amor!—decía el murmullo
de la fuentecita clara;
¡amor, amor!—repetía
entre las flores el aura;



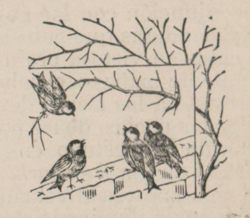
¡Amor! dijeron mis labios
besando la mano blanca
de la seductora niña
que aún reía y me miraba...
Y ella bajando los ojos
y poniéndose encarnada,
murmuró con dulce acento:
—¡Te adoro con toda el alma!

Embriagado por la dicha
Arrodilléme á sus plantas;
ella miró á todos lados
por ver si nos observaban,
y dió un grito de repente.
Miré á donde ella miraba
y vi una gran cruz de piedra
que, á cortísima distancia
y entre el verdoso follaje
magestuosa se elevaba.
¡Ay! parecía advertirnos
que las dichas pronto pasan.

Cuando ella y yo regresamos
despacio á nuestras moradas,
sin acertar el motivo,
sin adivinar la causa,
mucha pena, mucha pena
nuestros pechos embargaban.

Y aquella noche al dormirme,
un misterioso fantasma
turbó mis gratos ensueños
con fatídicas palabras.
—«Ten presente—me decía—
que las dichas pronto pasan».

¡Qué triste sonó, qué triste
el eco de la campana
cuando en el siguiente día
de mi sueño, despertaba!
Con horrible incertidumbre
llamé á mi madre adorada,
y al ver su rostro bañado
de abundantísimas lágrimas
recordé la cruz de piedra...
adiviné mi desgracia...
¡Qué triste sonó, que triste

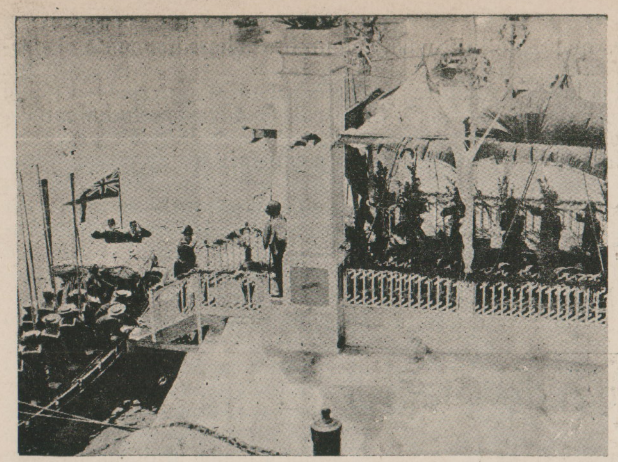


el eco de la campana!
Esos seres que adoramos,
esos seres que nos aman,
¿Por qué se marchan, Dios mío?
Dios mío, ¿por qué se marchan?
Si por leyes misteriosas
que á comprenderlas no alcanza
el humano entendimiento
se identifican dos almas,
y forman una tan solo,
¿por qué luego se separan
y una queda abajo, y otra
sube muy alta, muy alta?..

Todos los días paseo
por la senda solitaria
que cruza el florido valle
desde montaña á montaña;
allí, la cruz que testigo
fué de mi dicha pasada,
inmóvil, severa, fría
entre el follaje se alza
y parece que me dice:
—¡Ven, reza y llora á mis plantas,
que entre la tierra y el cielo
siempre fuí la itermediaria!

F. CAMACHO.

Actualidad extranjera


Desembarco de Eduardo VII en el puerto de Malta

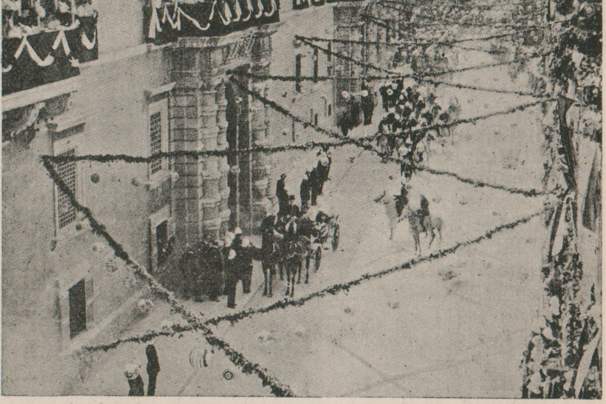
El 16 del mes pasado desembarcó en Malta, en viaje de visita, el rey de Inglaterra Eduardo VII, siguiendo el itinerario de excursión que se había trazado efectuar abordo de su yacht « Victoria and Albert ».

La recepción que allí se le hizo tuvo las mayores proporciones. A su entrada al puerto maltés seis acorazados y seis torpederos italianos le hicieron escolta hasta su desembarco.

Uno de nuestros grabados lo presenta en el momento de subir á la terraza de la Marina, alfombrada y engalanada de tapices y guirnaldas de flores. La calle real se hallaba atestada de pueblo, llegado de todas partes de la isla, el que aclamó entusiastamente al rey Eduardo á su paso. Las tropas formadas en línea á lo largo del trayecto á recorrer por la carroza real presentaron armas, tocando el «God Save The Quen» que fué escuchado por la multitud, descubierta.

En el palacio de la Gobernación el rey recibió á los altos dignatarios de la isla, á los representantes de las Cámaras, á la nobleza y al clero, pronunciándose muchos discursos de bienvenida, los que fueron contestados en breves pero elocuentes frases.

A la noche de ese día hubo función de gala con *Aida* en el teatro Real, á la que asistió Su Magestad acompañado de su numeroso séquito de autoridades maltesas. Las calles se habían iluminado profusamente, ofreciendo un hermoso aspecto, en conjunción con las guirnaldas de flores y banderas que cubrían los frentes de las casas en vistosa profusión. Al día siguiente de mañana, el soberano inglés pasó revista á las tropas de mar y tierra.

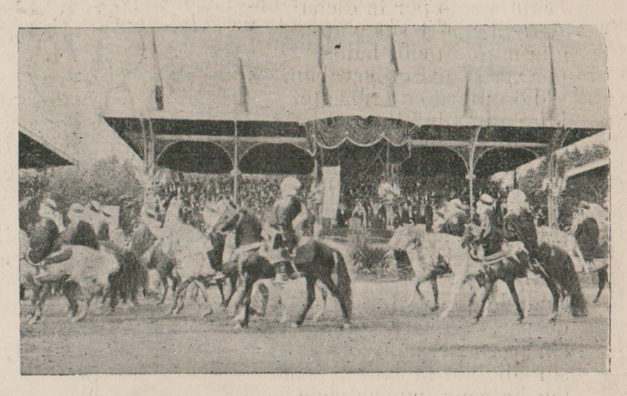

Entrada del rey Eduardo VII al palacio del gobernador de Malta

Por las noches de los pocos días que Eduardo VII estuvo en Malta, cuando él se dirigía á su *yacht* á descansar, la bahía maltesa ofrecía un aspecto soberbio, toda iluminada por los numeroso buques anclados en ella y la luz de los poderosos reflectores eléctricos de los navíos de guerra italianos. El pueblo de la isla de Malta, quedó entusiastamente impresionado de la visita del soberano protector, y las aclamaciones que le tributó fueron como una protesta de la actitud opresora del gobierno local, que les mantienen distanciados como grandes enemigos.

—Otro suceso de resonancia fué el viaje que efectuó por esa fecha á Argelia y la Tunisia el presidente de la República Francesa, Mr. Emilio Loubet.

El recibimiento que le hizo Argelia al presidente francés fué entusiasta, y la entrada al puerto argelino del Crucero « Jeanne d'Arc », escoltado por los buques de las distintas escuadras de estación en ese puerto ofreció un espléndido golpe de vista.


Recepción de Loubet, Presidente de la República Francesa, en Algeria


Caballería argelina desfilando ante la tribuna presidencial

El 16 del pasado mes Loubet asistió á una gran revista de las tropas en el Hipódromo de Mustaphá, que en número de nueve mil desfilaron por delante del palacio presidencial, engalanados con sus pintorescos trajes y armas y en un cosmopolitismo novedoso. También hicieron desfile los fusileros de desembarco de la marina francesa. Asistían á la revista además de Loubet, el ministro de marina francés, Camilo Pelletan que le acompañó en su viaje, y la oficialidad superior de las escuadras fondeadas frente á la ciudad africana.

Loubet visitó además los pueblos de la Tunisia Orano, Saint Denis, Saint Barbe, Sidibel-Abbés y Tlemcen, donde los rayos del sol africano le obligaron á sustituir la galera de fieltro por el blanco turbante moruno.


Los funerales de Giovanni Bovio

Por la información que ofrecimos en nuestro número anterior, nuestros lectores tendrán noticia del fallecimiento últimamente acaecido en Italia, de Giovanni Bovio, una de las personalidades más descollante en estos tiempos por la elevación de sus ideas, su ciencia filosófica y sus brillantes triunfos en las letras.

Hoy ampliamos esa información, publicando la fotografía de los funerales de tan malogrado hombre italiano. Ella da una idea del tributo postrero que le rindió el pueblo de Nápoles, acudiendo en masa á acompañar sus restos á la fosa común, á la de todos.

Entre el elemento intelectual y de ideas avanzadas de esta República, Bovio era sumamente querido y admirado.

Del Salto

† Eloísa Acosta de Córdoba

Hace unos días, la sociedad salteña se sintió conmovida por el fallecimiento de la estimada matrona de esa ciudad doña Eloísa Acosta de Córdoba, esposa del coronel Teófilo Córdoba, y ligada, por afectos y parentesco, á distinguidas familias.

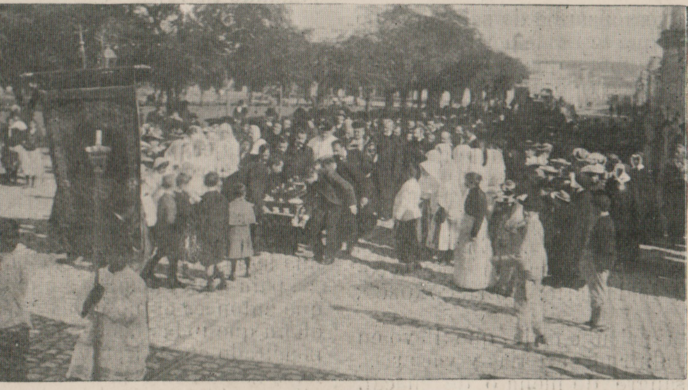

Señora Eloísa Acosta de Córdoba

La señora de Córdoba falleció á consecuencia de una pertinaz dolencia que le aquejaba desde hacía mucho tiempo. Dotada de un carácter elevado, prestigiado por sus afectos religiosos, la extinta era una veneranda de todos los afligidos, que se veían siempre socorridos cuando llamaban á sus puertas.

La caridad la ejercía de una manera doblemente plausible, con desprendimiento y sin ostentación, y cuando fué necesario su concurso personal en corporaciones religiosas ó filantrópicas, jamás lo negó, mostrándose, por el contrario, siempre solícita y con el corazón abierto á las más ligeras insinuaciones de la piedad. El Hospital de Caridad, la Cruz Roja, la sociedad San Vicente de Paul y otras instituciones de esa índole estatuidas en esa ciudad, gozaron siempre de la colaboración decidida de la señora de Córdoba, que le ofrecía sus actividades y sus caudales sin vacilar.

Al tenerse conocimiento de su muerte, inmenso número de personas de todas las clases sociales pasaron á la casa mortuoria á significar el dolor producido por tan infausto suceso, que la iglesia anunció con lúgubres toques de campana, que llegaron al alma de todos los que la querían, que eran los más, con vibraciones dolorosas.

La pérdida de esta matrona será recordada con sentimiento por la sociedad salteña.


El cortejo fúnebre — *Inst. de Serafín Cañizas.*

La inhumación de los restos de la señora de Córdoba tuvo lugar en la mañana del 16 del corriente.

Por la fotografía que adjuntamos, remitida por nuestro corresponsal don Serafín Cañizas, se da cuenta del la triste traslación de sus restos á la última morada, acompañados por congregaciones religiosas y numeroso pueblo.

El bastardo

Luis Valdés acababa de ceñirse los lauros de un ruidoso triunfo, con la publicación de su libro sobre estética que preocupó hondamente á la crítica.

En la habitación del hotel en que residía hacía dos años, notaba, ahora más que nunca, el abandono de su vida, su horfandad moral, la indiferencia de los extraños. En su patria, la soledad le era aún más dolorosa, esperimentaba la impresión horrorísima de ciertos niños que en el hogar son preteridos por algún vicio orgánico, repugnados y huidos por esa falta de que son irresponsables.

Por eso había ido á refugiarse al extranjero, afrontando las vicisitudes de la expatriación, decidido á vencer, ó morir desconocido, pero lejos de aquellos que conocían su infausto pasado y sobre todo, de quien teniendo el ineludible deber de ampararlo, lo repudiaba.

Durante aquellos dos años de lucha y de fatiga había sido fuerte contra la debilidad del recuerdo, pero ahora que alcanzaba el anhelado éxito, ahora que la prensa de toda Europa ensalzaba su nombre, sentía la nostalgia del país natal; recordaba con amargura los días de su niñez y el origen de su infortunio.

La desesperación le llenaba el alma; los clamores de la fama y de la gloria, no hacían vibrar su oído. Habituado á medir el valor de su capacidad, con la absoluta conciencia de su mérito, la justicia rendida no le causaba sorpresa ni le enorgullecía.

Pesaba, antes bien, sus derrotas de antaño y no las hallaba compensadas con el éxito de ogaño.

Pero si no me equivoco... esta es Lucía!

Letalmente triste, iracundo por no poder vencer aquella amargura abrumadora, tomó la pluma y escribió:

«¿Padre...?

¡No! no quiero avergonzarme de saber que no ha de avergonzarte que te llame por tal nombre.

Te escribo ahora, que á la mitad del camino que tú has recorrido en la vida *soy*... y tú, vas dejando de ser.

Mi nombre ya se admira, el tuyo sólo yo lo conozco y eso para tener el sonrojo de no poder pronunciarlo.

¡He vencido! Y que amargo triunfo el mío que no puedo compartirlo, que no puedes hacerlo tuyo porque he vencido solo... En mi niñez sin cariños, en mi adolescencia sin apoyos cometí la indignidad de llamarte: NO TE CONOZCO, me digiste.

¡Ah! que infinita mácula es la que llevo en mi ser. Si pudiera abrir mis arterias y vaciarlas, las llenaría con sangre de hiena ó de chacal. Sería sangre más generosa que la sangre que llevo...!

Podría maldecirte y odiarte y execrarte, pero... prefiero procurar olvidarte.

Pudiste anticiparme el triunfo que hoy me endiosa con tu empeño, tus cuidados, cumpliendo tus deberes en suma; has preferido abandonarme.

Has hecho que tu obra, la de un instante de placer, fuera la eternidad de un martirio... y bien, lo has conseguido. Nada puede arrancarme del alma el dardo emponzoñado que la amarga, ni el amor de que huyo por no seguir tu ejemplo, ni el éxito y la gloria que no me dan otra alegría que la tristeza de recordarte.

¡Ah!, escucha: Cuando tu esposa lea mis libros y me admire, dile con orgullo:

—Ese que te enseña con su verbo y su saber, yo lo engendré; si no lo conoces, es porque temí ser su padre cuando no sabía que había puesto en su cerebro el gérmen del genio. Pero cállale que ese genio fructificó y venció por su propia fuerza; que me condenaste á la miseria y yo me hice rico; que me designaste la sombra y yo penetré en la región de luz y de la gloria.

Y cállale... que comencé maldiciéndote y te perdono, cállale que las primeras líneas de esta carta las dictó el odio, robustecido por el despecho, y que al terminarla, mi corazón lacerado, te llama con dulzura. De nuevo, como hace diez años desconocido y sin hogar hoy, con los laureles del triunfo en mi frente y una fortuna ganada con mi esfuerzo, otra vez te invoco y ofrendando mis rencores á la memoria de mi pobre madre muerta, reclamo tu cariño, te pido el calor de tu pecho; te ruego me abras tus brazos para arrojarme en ellos y que mis labios, que tantas veces han pronunciado tu nombre con cólera, se posen en tu frente.

Quiero que tu cabeza que los años han blanqueado, soporte con la mía que el dolor ha encanecido, el peso de esos laureles que han sido el objetivo de mi vida, para que la amargura de estas noches se cambie en la aurora de mis días acompañando tu vejez»...

Terminó el luchador, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

Después de desahogar su corazón, al que odiar hacía daño, creyó entrever, entre las brumas del recuerdo, la silueta angelical de aquella pobre mujer que le llevó en su seno, condenada al deshonor y al aprobio por el solo crimen de haber amado.

Recordaba la suprema angustia de la noble víctima, cuando en las últimas convulsiones de una agonía dolorosa, reclamaba para el verdugo, para aquel hombre sin entrañas, un perdón que entonces él no había querido otorgar; pero ahora que todas las espinas del martirio habían penetrado en su frente, ahora que todos los dolores habían flagelado su alma, perdonaba ámplia y noblemente vislumbrando la faz triste y dolorosa de su pobre madre, sonriéndole desde lo alto, desde la región radiosa de post-umbra, donde los odios se extinguen, los amores se acrecentan y la perfección se alcanza...

ARTURO R. DE CARRICART.

Flor caída

Zelima Acevedo de Salom.



Ah! de la vida en el frondoso huerto,
Flor de brillantes pétalos, lozana,
Despertaste risueña una mañana
Para exhalar tu aroma embriagador;
Luego en las tardes del otoño, grises,
Llevó tus hojas el turbión de Mayo
Y del cierzo azotado el débil tallo
Cayó abatido, y se agostó la flor!

Sí; que como una flor de savia henchida,
Te vi llena de aroma y de hermosura;—
De un hogar que colmabas de ventura,
Del que hiciste un pedazo del Edén,—
¡Cuántos amores se llevó el destino
Y ternuras maternas malogradas
Con las rosas que vimos deshojadas
Cuando te enviamos el adiós postrer!

. . . .

Flores que orlasteis por la vez primera
Su cabeza de bella desposada,
Y que en el seno de la tumba helada,
Mustias, mis ojos os contemplan ya;—
Desde aquel triste y apartado asilo
Donde se alza la imagen del olvido,—
Creced, llevando vuestro aroma al nido
Que sin calor y destruido está!

CÉSAR E. DÍAZ.

Abril de 1903.

La paloma mensajera

FÁBULA EN PROSA

—¡Señorita! La de las alas negras y el pecho blanco, ¿quiere usted que la acompañe?

—Déjeme usted, señor Palomo, que tengo mucha prisa.

—La tarde está mala señorita: venga usted á descansar un rato: mi palomar está cerca y tengo para usted agua fresca y un puñado de algarrobas.

—Muchas gracias: ¿no ve usted que tengo un papel pendiente de una cinta? Soy paloma mensajera y llevo un parte.

—Cuanta más prisa se dé usted, más han de molestarla. ¡Ay! qué piquito tan mono tiene usted, y qué bien calzada está: con qué gracia mueve usted las alas.

—Retírese usted, por favor, soy hija de familia.

—¿De veras? ¿No ha puesto usted todavía? Ya se conoce en la finura y color delicado de sus plumas. ¡Ea! ya estamos en mi palomar: hay en él copos de algodón y paja de maíz para que formemos un nido, travesaños para saltar y una viga junto al techo que convida á quererse y arrullarse.

—Tengo miedo. Dicen que hay palomos ladrones.

—Son fábulas que nos cuentan cuando somos pichones para que no nos alejemos y perdamos. Entre usted en mi casa; ¡vaya una pechuga! Quiero darle á usted unas algorrobas con el pico.

Entró la inexperta paloma; obsequióla el galán tan dulcemente que la entretuvo hasta la caída de la tarde; el sueño la hizo esconder la cabeza bajo el ala, y pasó el día siguiente y otros muchos, y al fin hicieron un nido el palomo y y la paloma.

¿Y el parte? No llegó nunca á su destino.

Fué uno de tantos asuntos graves que fían los hombres al aire, al capricho fenenino, al azar, á la versatilidad de una paloma, ó al ramo de correos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

Versos á una muñeca

(Del libro *La novela de las horas y los días*)



Si tienes mejor sentido
Que muchas otras mujeres,
¿Por qué llevas el vestido
Prendido con alfileres?

Y, siendo la más hermosa,
¿Por qué razón te imaginas
Que no podrías ser rosa
Si no tuvieras espinas?

Tus grandes ojos de engaño
Ya te han debido decir
Que tú, para hacernos daño,
No necesitas herir.

Y si sin herir nos hieres,
¿Por qué en envolver te obstinas
Tu cuerpo en los alfileres
Como una rosa en espinas?

¿Por qué nos vedas lo bello
Y erizas como un bastión
La cinta roja del cuello
Y el lazo del cinturón?

¿Por qué razón has querido
Que tu galante travieso
Contenga siempre un gemido
Después de robarte un beso?

¿Por ventura te se antoja
Que saben hablar mejor
Las gotas de sangre roja
Que nuestras frases de amor?

¿O acaso esos aguijones
Con que sueles arañar
Son centinelas que pones
Para impedirte pecar?

Ya que la sangre derramas,
Te buscaré una querella;
Si eres bella ¿por qué no amas?
Si no amas, ¿por qué eres bella?

Cuando palpita el corpiño
Y está muy roja la boca,
Viene el que en forma de niño
Embellece lo que toca...

Negarte al beso sería
Pecado tan indebido,
Que no te perdonaría,
Por más que hicieras, Cupido.

Y puesto que sabes que eres
Entre todas la mejor,
Arroja tus alfileres
Y empuña el cetro de amor.

MANUEL UGARTE.

Escritoras norteamericanas


Mistress Mary Robinson Wright


Mistress Wright y su secretaria Miss Sara Hartman

Fts. de Ramón Blanco.

Desde hace algunos días hállase entre nosotros, la distinguida escritora norteamericana Mrs, Mary Robinson Wright, que viene á nuestro país con el objeto de enterarse de nuestra vida y costumbres nacionales, y en suma del físico, de nuestro suelo y las bondades de nuestro clima, á fin de hacernos conocer en forma de libro de los países de habla inglesa.

La idea, como se ve, es plausible y merece todo nuestro apoyo material y moral para dar facilidades á que la inteligente escritora lleve á cabo con éxito el objeto que se propone.

Mistress Wright es una escritora de lucha de la prensa de la República del Norte, habiendo hecho brillantes campañas periodísticas en el «World» de Nueva York. Además ha publicado diversos tomos referentes á otras naciones de América, como Méjico y el Brasil.

Su estadía entre nosotros durará algún tiempo. Acompaña á Mistress Wright Miss Sara Hartman, secretaria y colaboradora suya, que así como aquélla posee una vasta ilustración que hace amena y pintoresca su conversación.

Ambas escritoras, de las que ofrecemos una información gráfica tomada en el Hotel Oriental, donde residen, hablan correctamente el español, manejándolo con una gracia y un *sprit* que hacen de sus conversaciones uno de los atractivos más de los tan notables que ya poseen.

Football

EL INTERNACIONAL

Cuadro del «Club Nacional de Football» que jugó el Internacional

El último domingo se efectuó en el Gran Parque Central un partido de bastante importancia en los círculos del *football*, por ser los clubs que tomaban parte en él de lo más reputado de ambas orillas del Plata: «Nacional» y «Alumni». Una inmensa concurrencia que llenaba totalmente el Parque, presenció el *match* que asumió colosales proporciones de lucha. Ambos cuadros en pugna lucharon bravamente por conseguir el triunfo en definitiva, pero al terminar la hora reglamentaria, el número de goals hecho quedó empatado en dos á dos — metidos por C. Céspedes y Rincón para «Nacional» y por C. Buchanan y E. Moore para «Alumni»—sin poder por lo tanto ninguno de ellos decirse vencedor ni llamarse vencido.

Para demostrar lo que el *football* gusta en nuestro pueblo, y mucho más cuando es practicado por cuadros de la pujanza y conocimientos de los que mencionamos, sólo diremos que apesar de ser paga la entrada al campo, un número no menor de cinco mil personas presenciaba el gran torneo del domingo. Todos los jugadores de uno y otro bando se lucieron por igual, y por igual demostraron la razón del prestigio de que ambos gozan en las capitales del Plata.


Cuadro del «Alumni» que jugó el Internacional

Fts. de Ramón Blanco, Uruguay 359.

LA LIRA DEL TRABAJO

(A UN HERRERO)



Buen herrero: sobre el yunque
Con tu martillo golpea,
Aplastando el rojo hierro
Que la tenaza sujeta,
Y haciendo surgir al choque
Un aguacero de estrellas.
Pláceme verte en tu fragua,
En tu ciclópea caverna,
Al resplandor del incendio
Que lame tu faz morena,
Enseñando esos dos biceps
Que envidiaran los atletas,
Y ese pecho de centauro
Por la camisa entreabierta.
Forja el arado potente
Que rompe la virgen tierra,
Para que caiga en su seno
el gérmen de la cosecha;
Forja la hoz que abate á tiempo
Las rubias mieses que ondean,
Mieses que irán á hacinarse
En las trojes opulentas.
Forja la aguda cuchilla
Que al bravo toro degüella,
Haciendo saltar á chorros
La sangre de sus arterias;
Forja la sierra dentada
Que en los montes y en las selvas
Derriba los grandes árboles
Donde el rayo culebrea;
Forja el hacha poderosa
Para que los troncos muerda,
Y saque de sus extrañas
El techo de una vivienda;
Forja la espada terrible
Que en la lucha ardiente y fiera,
Los agravios nacionales
Lanzando reflejos venga;
Forja el puñal... más no forjes
Esa arma aleve y siniestra,
Si se ha de volver un día
Una amenaza perpétua,
De corazones honrados
Y de espaldas indefensas.

JUAN RAMÓN MOLINA.

LA OFRENDA

Vivientes resplandores de una mañana primaveral. Un haz de luz, saltando de la alta ventana á través de los vidrios de colores, cae sobre las baldosas del templo, tendiendo en ellas un tapiz de iris movedizos! En un capelmo diáfano, la virgen, de cara bondadosa y casi sonriente, envuelta con toca negra su cabellera, con los ojos abiertos con vidriosa inmovilidad, ostenta un vestido amplio, tupido de lentejuelas de oro y plata, como un girón de cielo estrellado. Una niña frágil, con la fragilidad de las porcelanas preciosas, vestida de inmaculada, se acerca pronta y alegre á depositar su búcaro rebosante de azahares. Las trenzas trigueñas bajan hasta su cintura, anudadas á su extremidad por un listón. Su frente descubierta, es ancha correctamente curva. En su boca, color de grosella, una sonrisa de placer. Tropiézase en las gradas del altar, y el búcaro rueda-roto-desparramando en el mármol un chorro de botones y de pétalos. La niña se inmoviliza y clava una mirada de angustia en la pérfida ofrenda de su amor. Después, cuando levanta la cara lívida á la Virgen, están lustrosas de llanto sus pupilas tristes, negras como la obsidiana.

JESÚS URUETA.

EL VINO CON EL LLANTO

—...Y la mejor de todas las mujeres.
Gritaba un hombre en la revuelta orgía,
Apenas sirve como flor de un día,
Para darnos brevísimos placeres.

Y otro que el aúreo líquido espumoso
Tomaba á sorbos con fingida calma,
Gritaba:—Sí, señor, no tiene alma
Ni tiene corazón.

—El sexo hermoso.
Dijo otro sabio de la alegre fiesta,
Es todo vanidad; su amor, locura,
Y el poco bien que á medias nos procura
No vale nunca el llanto que nos cuesta.

—Es un sexo traidor, y su pureza
Es tan solo falaz hipocresía,
Otro héroe de la fiesta balbucía
Perdida ya la varonil cabeza.

Y la espalda del sexo delicado
Siguieron azotando alegremente,
Hasta que un joven de mirar valiente,
Poniéndose de pie, gritó irritado:

¡Miserables, callad! aunque no os cuadre
Hijos sois de mujer y no de fiera
Cual parecéis por la brutal manera
Con que insultáis, cobardes, vuestra madre!

. . . .

Todos callaron al recuerdo santo
De la noble mujer que dióles vida,
Y con el alma triste y conmovida
Allí unieron el vino con el llanto.

JULIO N. VICCO.

Alma sentimental

Aquella noche, como en todas las demás, recostado contra el escritorio, á la luz de una ampolleta eléctrica, trabajaba rápidamente, fatigadamente, para dar término al balance último. Sólo de vez en cuando, ávido y trémulo, atisbando al patrón, complacíase en mirar hacia afuera, al través del cristal de una ventana.

Afuera, en la amplia y húmeda avenida, paseaban numerosísimos noctámbulos: jóvenes que célibes toda la vida llevan la existencia del célibe en bares y prostíbulos, dando épicos sablazos á media humanidad ó dilapidando la riqueza paterna; y cuyas palabras, siempre fáciles y huecas, baten sus banderas de humo en el asta de los cigarros; en las bancas, ásperas y toscas, charlaban de próximos enlaces ó de futuras temporadas de óperas, las incitantes damas aristocráticas, de rostros finos y mórbidos, en los cuales las ojeras, finjen fragmentos de sortijas negras; y lejos de aquellas, como en una repulsión de prosapias, reían las paupérrimas, medio muertas de hambre, hediondas á miserias trágicas. Y ellos y ellas hablábanse en el lenguaje de las contracciones musculares. Una mísera banda militar situada en su férreo tabladillo preludiaba la romanza de Mimí; y la luna, pálida y rara, balanceábase en el azul, con la primorosa fragilidad de un lirio. ¡Magnífico plenilunio!



Por las montañas de Italia

Y Luis después de observar todo esto—nostálgico en su prisión oscura — tornaba á su labor monótona. Difícil y ruda labor la suya: sumar, restar, multiplicar, dividir... Su espíritu, dócil á las sensaciones artísticas, rebelde al cruel mercantilismo de la metrópoli, sentíase desfallecer, morir en esa atmósfera de números y ensueños de explotación... Joven aún se vió en la necesidad de trabajar, de trabajar muchísimo para su diario sustento.

—...Cinco mil pesos... cuatro mil... ocho mil... ¡Demonio! ¡Cuánto dinero!

Y nunca pasaba más allá; más allá, es decir, obstinándose en romper el rígido círculo de su honradez perfecta. ¡Nunca! Todo el dinero de ese rico establecimiento comercial pasaba por sus manos como por sobre un mármol límpido y brillante... Y sigió contando y anotando y precisando las cifras justas del balance anual.

—Veinte mil pesos... treinta mil... cuarenta mil... y...

Calló. Algo así como una inquietud salvaje le fustigó con su marea pérfida.

—Y cinco centavos... ¿Cinco centavos? Miró y remiró el dinero, comparó la cantidad anotada en la hoja con la dispersa en el escritorio, y nuevamente enmudeció pero ya un tanto repuesto de su pavor.

—Sí, está bien. Cinco centavos.

Dejó la pluma. Y miró hacia afuera: la noche seguía espléndida; la esquisita música de Puccini llegaba como un ósculo á sus tímpanos y á su alma como un recuerdo lúcido. La luna: su anémica palidez reverberando en las arenas del paseo ó imprimía en los seres y en las cosas, raros matices, rítmicos perfiles, enérgicos relieves...

—¡Cinco centavos! Apoyó la frente, llena de sudor, en la palma de las manos. Y entregóse á pensar, á soñar hondamente impresionado por aquel trivialísimo suceso. ¡Cinco centavos! Y repitiendo esa pueril exclamación trataba de representarse la escena íntima del hogar, cuando él, niño aún, recibió de su padre—¡oh el viejecito!—el primer cinco, la primera moneda, como recompensa á las muchas obtenidas en la escuela. Sí, ya se acordaba ...¡Qué lindo espectáculo!

El, Luis, en un rincón del comedor, leyendo al oído las notas de la última libreta escolar; sus hermanitos, risueños y orgullosos, formándole círculo; su madre mirándolo como á un ser divino; y su abuelita, con la cabecita cana echada hacia atrás, buscándolo al través de sus ahumadas gafas, imaginándose que va á ser Presidente, ¿y por qué no? Papá también... Después cediendo á la súplica maternal, afectando una inquietud heroica, lee en alta voz la libreta en medio de un silencio. Y el padrecito señalándolo como ejemplo le da el cinco, bésalo en la frente y llora de placer en el júbilo de su éxtasis... ¡Oh, que lindo!...

Y ¡cuánto tiempo Dios mío!

Intentó volver á la realidad; pero la virtud mágica, hízolo proseguir escarbando hasta los nichos más recónditos de la memoria... Ahora ¡qué lejos todo!

El ya no era un niño: era un huérfano. Su alma, su pobre almita adolescente había sufrido mucho... aún sufría, pero no tanto... las heridas iban cicatrizándose; y luego, muy luego, tal vez podría volver al terruño, á ver las ruinas del hogar desierto, á buscar la noviecita de la niñez, la indolatrada virgen de la infancia, la primera, la última en la vida terrenal, la única buena, la única amada, la única bonita!

¿Y la despedida? ¡Ah! la despedida, la tristísima despedida, cuando él tuvo que ir á la capital á encerrarse en la Universidad... Allí también... Todos... Todos... Hasta la abuelita, ya paralítica se hizo conducir en una silla á la estación y la novia, la rubia María, con los ojos muy abiertos, con los labios muy trémulos y los brazos muy juntos...

«¡Adiós!» Y el tren que huye, un grito suave, despacito, un «después» dicho con todo el candor de la ingenuidad... Y un pañuelo en el aire... En vano quiso llorar allí, en el andén, cuando todos lloraban, en vano; pero, después cuando sentado contra un ventanillo del vagón, sintióse único en su dolor, sintióse huérfano y mísero, ajeno á la algarabía verbal de los demás viajeros, cuando pensó en el terruño, presentándoselo más bello que nunca, rodeado de luces y galas, antes no presentidas ni soñadas siquiera; cuando al umbral de un rancho,—dejado luego atrás por la rápida carrera de la máquina, — vió á una encantadora criolla acariciando el rostro de un huaso de amplio sombrero de pita y piernas en paréntesis; cuando presenció este efímero cuadro campesino no pudo contenerse ya más y lágrimas finísimas y diáfanas rodaron por sus mejillas, y un temblor neurótico remeció toda su constitución raquítica. ¡Qué lejos! Y ¿ahora? El no era del todo malo. No: él lloraba pensando en la niñez, otros reían, sacrílegos! El aún podía ser bueno, muy bueno



Belleza ecuatoriana

pero cerca de ella, cerca de María... ¡oh su ídolo! ¡qué encantador! Unos ojos azules pequeñitos... transparentes... raros... Nunca... nunnunca encontraríamos así, acariciantes, fascinadores... Una boquita... ¡Por Dios que era linda... Sí... ya la ve otra vez... ¡oh que hermosa viene... pero; tan pálida... tan pálida... no ríe... no habla, parece que sufre! ¡y tan ligera ¿qué? corre... canta... llora... y...

—

Quietud. En el vasto salón de la casa no se escuchaba otro ruido que el armónico y sutil de las plumas riendo en las páginas ó el lento y suave de la mar cercana... Los paseantes habíanse ido: los músicos también...

¡Plenilunio! Frío... Sueño... Silencio... Soledad... Quietud...

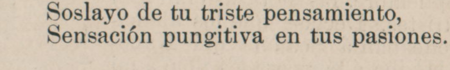
—¡Caramba! ¿Qué hace usted ahí? — gruñó de súbito el patrón, con reprimida rabia y cólera brutal.

—..¡Ah!.. Cierto... — exclamó suavemente, casi miedosamente, escondiendo, ávido y trémulo, el bello libro romántico bajo la carpeta.

¡Luis habíase puesto á leer *María* de Isaac!

Federico Zúñiga.

Valparaíso, 1933.



Pasional

Tú eres la luz de la mañana diáfana
Que ilumina mis párpados insomnes;
Ampo de gloria en mis estrofas de oro,
Radiación de entusiasmo en mis amores.

Yo soy el eco de tu voz seráfica.
La sombra que te escolta tus primores.
La vibración romántica en mis nervios
Cuando escuchas mis trémulas canciones.

Tú eres la estela luminosa y tenue
Que escribe en mi retina, resplandores;
Con la luz de las rútilas estrellas,
Que viven en el cielo entre arreboles.

Yo soy la vaga curva dolorosa
Que sombrean tus ojos seductores,
Soslayo de tu triste pensamiento,
Sensación pungitiva en tus pasiones.

Tú, en mi memoria, la esperanza grabas,
Con tu palabra de armoniosos sones.
Encadenas los actos de mi vida
A el cóndor de tus magnas voliciones.

Yo soy cantando tus hechizos célicos
El lírico joyero de tus dones,
Que en el bruñido verso los engarza
Como homenaje á tu belleza joven.

Jacinto de la Cruz,
Chileno.

Montevideo, mayo 6 de 1903.



La aparición

I

Durante la guerra de 1870, mi abuelo era guardián del Hotel de los Inválidos.

Era un antiguo soldado del primer Imperio, un valiente hombre que había hecho todas sus campañas con Napoleón el Grande.

Desde la muerte de mis padres, vivíamos los dos juntos—él, restos mutilados de Waterloo; yo, mocito de quince años, débil y triste.

Como él era el más antiguo, le habían confiado la guardia especial de la Tumba, y la alegría de sus últimos días era ser el guardián de Napoleón.

¡Cuántas veces me hablaba de «su» Emperador! Qué de anécdotas maravillosas me contaba de él! ¡El siempre! Daba gusto oir sus narraciones entusiastas...

Algunas veces, de tarde, después que el público partía y después de cerradas las rejas, entrábamos los dos en la gran nave, bajo la bóveda, y apoyándose en la orilla de piedra, sobre el catafalco, bien cerca de aquel por quien se había batido tantas veces, el antiguo inválido se dejaba llevar por sus recuerdos que hacían vibrar mi alma de niño; en su ardor llegaba hasta hablar al muerto.

—Recordais mi Emperador?... fué bajo los muros de Eylau...

Y cuando estaba enfermo, cuando un reumatismo traído de Rusia lo clavaba en su butaca, me decía:

—Ve chicuelo, ve á verlo; tú le hablarás por mí!

En aquel año sufría más que de costumbre, pues se mortificaba mucho leyendo los tristes partes que publicaban los periódicos; á veces, mucha conversación, muchas narraciones, pero por momentos cóleras aterradoras!

Una tarde de los primeros días de septiembre, las noticias eran aún más tristes. Decíase que los alemanes rodeaban á Sedam y que Napoleón III iba á perecer. Yo dejé á mi abuelo abismado en sus tristes pensamientos y me fuí solo como de costumbre á hacer mi ronda en la gran nave.

Llegó la noche, hermosa noche de estío, con luna plena; pero el tiempo estaba tempestuoso, muchas nubes pasaban delante del astro y un viento terrible hacía resonar las vidrieras de los inválidos.

Yo también estaba triste, tan triste como pudiera estarlo un muchacho de mi edad. Mi abuelo me había explicado muchas cosas y yo comprendía ya lo que era la guerra y la derrota; y penetrado del respeto religioso que él tenía por el ilustre muerto allí sepultado hacía cuarenta años, me imaginé que yo había ido á orar sobre su tumba.

Permanecí algún tiempo con la cabeza entre las manos, perdido como en un sueño, cuando, de pronto, la luna bruscamente despejada de las nubes, lanzó por una vidriera una larga línea luminosa.

Maquinalmente seguí con la vista aquella luz.

De repente quedé helado de espanto; alguien estaba allí!

II

Por un fenómeno inexplicable me pareció que la puerta de entrada estaba entreabierta y que un espectro de pie en el umbral, se hallaba inmóvil y alumbrado por el pálido rayo de la luna; y como contemplando á París silenciosamente.

Era un ser fantástico, una especie de esqueleto con mejillas huecas y los ojos fosforecentes.

Este espectro tenía los brazos cruzados sobre el pecho; un resto de uniforme cubría sus miembros descarnados; llevaba grandes botas, y cubría su cráneo un tricornio.

Yo temblaba...

La tempestad redoblaba fuera, el viento movía los vidrios y penetraba de tal modo por la puerta, que hacía ondular los pliegues de la capa del espectro

El, no se movía; su mirada aterradora permanecía siempre fija como perdida en la dirección de la ciudad dormida.

Poco á poco me pareció ver que sus labios se movían.

¿Era sólo el lejano ruido del huracán?

¿Era la voz del hombre? Me pareció oir un murmullo, una queja, un sollozo. Y en aquel momento, con un gesto de desaliento sus brazos cayeron inertes. La luna iluminó entonces con más viveza su fisonomía y reconocí...

¡Al Emperador!

III

Pero esto no duró sino un instante; una nube negra vino á velar el astro, y la aparición cayó de nuevo en la sombra.

Yo me desmayé.

Al siguiente día cuando recobré los sentidos me encontré al lado de mi abuelo. La puerta de entrada á la nave estaba todavía abierta...

Lleno de emoción iba á relatar lo ocurrido, cuando el anciano tembloroso me extendió un periódico.

—Lee, hijo mío, lee.

Y vi en grandes caracteres estas terribles palabras:

«Napoleón III ha capitulado en Sedam y está prisionero».

Entonces comprendí por qué, durante la noche, había visto al Grande mirando allá hacia el Naciente!

H. S. de JORGE.

"La Alborada"

CALLE 18 JULIO, N.° 194. -- 1.er piso

CAMBIO DE LOCAL

Avisamos á nuestros suscritores, agentes y colaboradores, que las oficinas de nuestro semanario han sido trasladadas á la calle 18 DE JULIO 194, entre Daymán y Río Negro (1.er piso).

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04	Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10.20
Demetrio Errausquin—Maldonado	» 13.43	Alfredo M. Luc—Estación Cazot.	» 7.80
Saturnino Mernies—Mercedes.	» 9.00	Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31.80
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40	Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Elvira García—Parado	» 9.10	Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8 64	Vicente Bravo—San José	» 12.30
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40	Gregorio García—San Carlos	» 5.80
Miguel Balvela—Itapebí.	» 14.10	Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

Talleres de "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, núm. 23.--MONTEVIDEO

El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRIQUEZ

quien escoltaban quince dragones, cabalgaba distraído, siguiendo caminos extraviados, entre Lagos y León. Seducido por el paisaje, que á cada paso variaba de aspecto, como si fuese gigantesco caleidoscopio encantado, movido por la mano de un titán, había soltado las riendas sobre el cuello del corcel.

No era muy prudente la conducta del joven militar, ni muy arreglada á la ordenanza; pues toda aquella comarca se encontraba infestada de fuerzas irregulares, que pertenecían á uno ú otro de los bandos contendientes, y de bandidos armados, en cuadrillas numerosas, quienes, según las circunstancias, eran *puros* ó *mochos*, y que siempre campeaban por sus respetos, sin conocer más jefe que el capitán de la cuadrilla.

II

Pero Martín Varela, que así se llamaba el apuesto joven, era más poeta que militar, fenómeno que encontraremos con frecuencia entre los jefes del partido liberal, quienes, en su mayoría, no eran hombres de armas, y sólo por las circunstancias y en virtud de su fanatismo por los principios políticos que habían proclamado, se atrevieron á aceptar la lucha iniciada por los militares de profesión, quienes casi en su totalidad estaban afiliados en las filas reaccionarias.

El joven Tirteo, como hemos dicho ya, había abandonado las riendas sobre el cuello de su caballo, animal dócil, de paso seguro y firme, que reservaba sus bríos para cuando era requerido por la hábil mano de su jinete.

Los dragones imitaron al jefe, y seguían descuidados la senda, guardando un silencio profundo, interrumpido por el pisar de las cabalgaduras y el choque de las armas contra los estribos.

Sólo el dragón Medina, una especie de San Cristóbal, como lo llamaban en el regimiento, por su estatura colosal, levantaba de vez en cuando la cabeza, como el marino en alta mar, que interroga el infinito y el abismo para arrancarle una promesa, ó para sorprender una amenaza.

III

Y nada parecía más fuera de lugar que aquella precaución del sargento, porque el sol irradiaba espléndido en un cielo de azúl purísimo, como es el de Méjico; la calma era absoluta; ni una ráfaga de viento, ni una nube, ni un rumor sospechoso.

La tierra cubierta de verduras, salpicada de flores. Las abejas zumbando en coro con esos millares de insectos más ó menos vistosos y siempre molestos, que pueblan nuestros bosques y campiñas. Algunas mariposas de anchas alas con vuelo tardío, y de vez en cuando algún pájaro que atravesaba con rasante vuelo.

En verdad, era todo un idilio, ó mejor dicho, todos los idilios de la Naturaleza en su momento más apasionado y de mayor inspiración; y nada más justificado que aquella muda y profunda contemplación del poeta.

¿Y quién no lo es ante los grandes espectáculos de la Naturaleza?

El hombre de ciencia y el hombre de sentimiento; el sabio y el ignorante, todos nos sentimos conmovidos y nos volvemos poetas en esas horas misteriosas de grandiosidad, de estentóreos ruidos ó de apasible calma, en que encontramos más Dios en la Naturaleza.

IV

De pronto el sol tomó un tinte mortecino, como si se eclipsase, como si ligeros vapores desprendidos de la tierra interceptasen sus rayos luminosos.

—Ya, ya, eso es! exclamó el sargento Medina.

—¿Qué pasa, sargento? preguntó el jefe, deteniendo la cabalgadura y recordando de pronto la responsabilidad que pesaba sobre él.

El pelotón se detuvo

—¿Qué pasa, sargento? repitió el jefe.

—Nada, mi teniente coronel.

—Algo ha de ser cuando se ha decidido usted á hablar.

—Pues, mi teniente coronel, la verdad es que tengo miedo.

Martín Varela se sonrió como quien oye un chiste estupendo por lo inverosímil.

—Que tengo miedo, mi jefe.

—¿Está cerca el enemigo? preguntó Varela poniéndose serio.

—Sí, mi jefe; pero ese enemigo no es el que usted supone.

—Vamos, hable usted sin reticencias.

—Mi jefe, yo soy hombre de campo, y oigo donde los demás están sordos, y veo donde los demás están ciegos.

—¿Y qué es lo que usted oye y ve?

—Oigo una tempestad muy gorda, y veo que dentro de poco va á pasar algo muy sonado.

—¡Bah! Tenemos una mañana magnífica.

Los hombres que formaban el piquete se miraron unos á otros, pues tenían al San Cristóbal por hombre muy práctico en aquellas materias, concediéndole sus puntos de brujería.

—Demasiado magnífica, mi jefe, y antes de media hora verá usted cambiar todo esto, como una decoración de «La Pata de Cabra».

«La Pata de Cabra» y «Los Polvos de la Madre Celestina» formaban todo el bagaje literario del sargento.

—¡Adelante! dijo Martín Varela, alzando los hombros como si nada le importasen los augurios de Medina.

Sin embargo, no tardó en notar que la atmósfera era cada vez más densa y pesada, hasta convertirse en sofocante.

El aire parecía el aliento de un volcán en erupción, y abrasaba los pulmones.

Los caballos estaban jadeantes, empapados en sudor, se detenían, levantaban la cabeza y husmeaban el aire como indagando de dónde venía el peligro.

—Si las bestias hablasen, refunfuñó el sargento, cuántas cosas enseñarían á los hombres.

—¡Al trote! ordenó el jefe con voz breve.

Se empezó á oir en lontananza vago rumor, como de fiera amenaza de los cielos, á la que contestó la tierra con hondo quejido de miedo ó de dolor.

Negras nubes, aisladas primero, en recio escuadrón después, corrían impulsadas por el viento del norte, que soplaba en la parte superior de la atmósfera. *(Continuará).*

URUGUAYAS